

asar, no se concibe porqué ni cómo Dios, dejándola «subsistir, la vuelva inerte é incapaz de formar pensamientos. Al contrario, viendo que mientras ella «permanece unida con el cuerpo forma muchos pensamientos absolutamente independientes del cuerpo; «tenemos derecho de inferir que los conservará cuando esté desprendida del cuerpo.» (1)

432. Concluyamos pues de lo dicho que el alma y el cuerpo, así como tienen diferente naturaleza uno de la otra, así tambien tienen una existencia independiente; y que está en el poder de aquel que ha unido estas dos sustancias, el separarlas y hacerlas subsistir despues de la separacion, ya á las dos, ó ya á cualquiera de ellas. ¿Qué hará pues Dios con el alma? ¿La conservará despues de haberla separado del cuerpo? ¿Le aplicará entónces la sancion de su lei eterna, castigando sus infracciones ó recompensando su observancia? He aquí la última cuestion que debemos resolver para dejar sólidamente establecida la *inmortalidad del alma*: por que siendo una consecuencia presisa de la Omnipotencia divina el poder volver á la nada cuanto sacó de la nada, es necesario alegar en favor de nuestra inmortalidad aquel género de pruebas que se fundan en los atributos de Dios y en las miras que tiene sobre el hombre. Esto es por tanto lo que debe ocuparnos en la segunda parte de esta seccion: de la posibilidad vamos á pasar al hecho; y despues de haber mostrado lo que puede ser, vamos á examinar lo que es.

(1) *Cardenal de la Luzerne. Obra citada, pág. 250.*

PARTE SEGUNDA.

El alma es inmortal por las miras que sobre ella tiene su Criador.

433. Las relaciones que Dios tiene con la naturaleza humana nos descubren sus miras sobre el alma, y de estas miras inferimos rectamente, que está en sus designios darle una existencia inmortal. Como Criador se ha propuesto su propia gloria y nuestro bien como un designio de su bondad; como Legislador, se ha propuesto la conservacion del orden moral, como un designio de su justicia; como último fin se ha propuesto inclinarnos constantemente á él, como un designio de su Providencia. Tales son las miras que nos descubren las relaciones que median entre Dios y nosotros; y como estas miras excluyen esencialmente el supuesto de que Dios aniquilase el alma en el instante de la muerte, de ellas inferimos con toda seguridad, que el alma no solo es indestructible por su naturaleza, sino que no ha de ser aniquilada por Dios, y de consiguiente que es inmortal bajo todos aspectos. Pero estas ideas exigen un desenvolvimiento metódico, que las coloque en su mayor punto de claridad.

CAPITULO PRIMERO.

Pruebas que se fundan en los designios de la bondad divina sobre nosotros, en consecuencia de la creacion.

434. Que la creacion es una obra de la bondad

divina, es una verdad tan evidente, que demostrarla seria oscurecerla. ¿Pero ese atributo magnífico del Ser supremo se habrá ejercitado, ni podrá ejercitarse nunca sin un objeto determinado, sin un designio particular y digno del mismo Dios? No: en este Ser perfectísimo no hai cosa alguna que merezca el título de casual ó caprichosa; y para que la creacion hubiese carecido de objeto, seria indispensable suponerla obra de la casualidad ó efecto del capricho: No hai en efecto casualidad, sino para la imprevision del entendimiento humano, ni el capricho podrá tener cabida jamas donde las pasiones no ejercen ni pueden ejercer el menor influjo. Dios lo prevee todo; y no solo, sino que nada sucede sin un acto de su voluntad suprema: luego nada puede hacer por casualidad. Dios nada puede hacer indigno de sí, nada que no lleve la marca de su infinita sabiduría, nada que no este conforme á todos sus atributos, nada que no manifieste en un grado eminente los caracteres del orden y las muestras de un fin grande y sublime; y como el capricho excluye todo esto, como cualquiera lo percibe, Dios nada puede hacer por capricho.

435. ¿Cuál es pues el objeto que se ha propuesto Dios en la creacion del alma? Si hemos de responder consiguientes á las ideas que nos hemos formado del Ser supremo, y atendiendo al atributo que mas brilla en la creacion, nos veremos precisados á decir, que Dios, al criar nuestra alma, se propuso su propia gloria y nuestra felicidad.

436. Habiendo pues Dios hecho para su propia gloria una criatura capaz de conocerle y amarle, ¿podrá

suponerse que medite aniquilarla en el instante de la muerte, es decir, cuando este conocimiento y amor debian tener su consumacion? ¿Y qué motivos podriamos hallar que autorizasen esa destruccion del alma? ¿Acaso los crímenes de algunos hombres? Estos mismos piden, para gloria de un Dios ultrajado durante la vida, otra vida en que sirvan, con su digno castigo, de espectáculo eterno á las venganzas del cielo. ¿Acaso las virtudes heroicas de los justos? Seria el último colmo de la extravagancia imaginar que Dios, para hacer brillar su gloria, aniquilase un ser que siempre habia vivido para él, que le habia sacrificado constantemente, con la esperanza de poseerle, sus inclinaciones mas vehementes, sus placeres mas dulces, sus comodidades y tal vez hasta su misma existencia. Este acto de la Omnipotencia estaria en abierta pugna con la Bondad que presidió á la creacion, y seria mas bien un motivo fuerte de queja contra ella, que un timbre de la Divinidad.

437. Dijimos que el conocimiento y el amor del Ser supremo tenian su complemento y consumacion en el instante de la muerte, y esto merece observarse. Durante el curso de la vida, por mui expedita que esté nuestra razon, y por mui claro que sea nuestro entendimiento, no vemos á Dios sino al través de las mas densas tinieblas, y por mucho que adelante nuestro corazon hacia él, nunca le amamos con una perfeccion tal, que nos asegure contra las ilusiones del mundo, los placeres de los sentidos y todas aquellas pasiones que se esfuerzan por convertir nuestros afectos á las criaturas. ¿Ni cómo seria posible conocer á la Divinidad sino entre sombras durante

nuestra vida mortal? Luego si Dios quiere hacer servir nuestras almas á su gloria, quiere ser amado con el último grado de amor que sea posible; y como seria el mayor absurdo suponer que quiere ser amado infinitamente y no ser conocido con esta misma proporcion, es evidente que quiere conservar nuestra alma para una vida en que se le manifestará en toda su gloria y la embriagará con la plenitud del amor. Es pues evidente que habiendo criado Dios el alma para gloria suya, y para ser conocido y amado, y no pudiendo este conocimiento y amor tener plenitud en la vida, está en la gloria de Dios, y es indispensable que lo haya dispuesto, el conservarla despues de la muerte; por que de otro modo, se habria faltado Dios á sí mismo dejando sin complemento y plenitud el gran designio de gloria que presidió á la creacion del alma.

438. „Si no hai eternidad, dice un orador insigne, «¿qué fin pudo tener Dios que fuese propio de su «grandeza en criar á los hombres? ¿Es posible que «no habia de tener mas fin en formarlos, que en «formar á las bestias? El hombre, este ser tan noble, «que halla en sí unos pensamientos tan altos, tan «vastos deseos y tan grandes ideas, que es capaz de «amor, de verdad y de justicia; el hombre, único «entre todas las criaturas capaz de un destino serio, «de conocer y amar al autor de su ser; ¿el hombre «no habia de haber sido hecho mas que para la tierra, «para pasar un corto número de dias como las bes- «tias, en ocupaciones frívolas, ó en placeres sensuales! «¿Dónde estaria la Sabiduría del Criador, sino hubiese «hecho esta grande obra, mas que para el corto tiempo «de la vida? ¿Si no hubiese colocado á los hombres

«sobre la tierra, mas que para hacer ridículos ensayos «de su poder y pasar el tiempo en esta variedad de «espectáculos?» (1)

439. Para convencernos de que seria mui ageno de la gloria de Dios el que la alma pereciese junta- mente con el cuerpo, basta considerar el cúmulo de contradicciones inexplicables que presentaria entón- ces todo el sistema de la vida humana. Todos mueren sin consumir su carrera: unos apénas entran en la carrera de la vida, y ya bajan al sepulcro. ¿Qué objeto digno de la gloria de Dios nos presenta un niño muriendo casi al instante de nacer? Otros empiezan á desenvolver los mas preciosos talentos, cuya es- tupenda precosidad promete grandes resultados para la edad madura, y mueren sin embargo en el vigor de la juventud. Si este jóven no sobrevive á la des- trucción de su cuerpo, ¿qué razon hallarémos, que nos persuada que su aniquilamiento total es un objeto grande y mui conforme á la gloria de Dios?

440. „Despues de largos y penosos esfuerzos para formar esta razon tan preciosa y excelente bajo cier- tos aspectos, y bajo otros tan pequeña y tan pueril, despues de haber reunido cierta provision de conoci- mientos, ¿se tiene por ventura el tiempo, los medios y ocasiones de aprovecharlos? ¿Dónde está el hom- bre, de quien pueda decirse que ha hecho una carrera completa? Y no entiendo yo por esto una carrera tan larga como nuestra adhesion excesiva á la tierra nos la haria desear, sino una carrera cuyos momen-

(1) MASSILLON. *Sermon para el Lunes de la 1.^a Semana de Cuaresma.*

tos todos, empleados útilmente, se refiriesen á un objeto digno de una criatura inteligente. ¡Ah! ¡qué de vacíos, qué de extravíos, qué de nada!

441. „¡Qué! ese cortesano ridículamente ocupado de sí mismo, de su andado, de sus actitudes, de los atavíos con que adorna su cuerpo, que nada piensa que sea útil á la sociedad, ¿ha venido al mundo á desempeñar tan ridículo papel? ¿Ese jugador, á quien el furor del juego tiene asido desde sus mas tiernos años y no abandonará hasta el sepulcro, nació para consagrar todas las fuerzas de su espíritu y toda la actividad de su imaginación á las diversas combinaciones de algunos naipes caprichosamente pintados y dispuestos? ¿Qué, ese sabio, que parece tan respetable en el recinto de su gabinete, se ha consumido treinta años sobre los libros, para enseñarme la forma de los sombreros, ó de los calzados antiguos, para descifrarne Genealogías fabulosas ó inútiles! ¿Dónde está pues, vuelvo á preguntar, dónde está el hombre, que al salir de este mundo, pueda vindicarse sobre el empleo de su vida? Si á estas consideraciones añadimos la de tantos niños que mueren al nacer, la de tantas almas, bosquejadas, por decirlo así, y cuyo destino será imposible concebir, si ha de buscarse aquí abajo, resulta que la *mortalidad del alma* repugna evidentemente á todas las perfecciones de Dios.” (1)

442. Hemos hecho una serie de reflexiones fáciles, naturales y sencillas sobre la hipótesis de que el alma muriese juntamente con el cuerpo, y léjos de hallar

(1) FORMEY. *Le Philosophe chretien. T. 1.º, Discours XV.*

en tan deplorable destino un objeto digno de la gloria de Dios, descubrimos á cada paso inconsecuencias y contradicciones palpables, tinieblas espesas y absurdos de mucha consideracion, que atacan en la parte mas noble los divinos atributos del Ser supremo. Concluyamos pues afirmando con toda seguridad, que si Dios crió el alma para su gloria, es absolutamente preciso que le comunique una vida inmortal.

443. Pero no es ménos cierto que se propuso en la creacion la felicidad nuestra, ni ménos evidente, que tan alto destino es incompatible con la vida presente. Para comprender toda la verdad de esta proposicion, basta recorrer algunos hechos universalmente confirmados por la experiencia de los siglos, y por lo mismo incuestionables.

444. Lo primero que se ofrece á nuestra reflexion es *el descontento general y constante que todos tienen y han tenido sobre su propio estado*. Este disgusto ha dado amplia materia, para deplorar la miserable condicion humana, no solamente á los filósofos, sino tambien á los poetas: pasa ya por un axioma de hecho, que *nadie está contento con su suerte*. Segun esto, ¿será la vida humana el centro de la felicidad? Si esta no llena el corazon, si no satisface plenamente los deseos, sino calma y termina las aspiraciones del alma, sería locura reputarla por ese bien que forma el objeto de su creacion. Cierto es que no faltan hombres que saben limitar sus deseos, y viven contentos, cuanto cabe, con su suerte; pero esta quietud, con que se resignan á lo presente, se funda en el desprecio que les inspiran los bienes de la vida, circunstancia que léjos

de debilitar la verdad del hecho, la confirma y robustece de una manera mas segura. Estos hombres, en efecto, están contentos con su suerte, no porque hallen en la tierra el centro de la felicidad y reputen bastantes los bienes de esta vida para contentar sus deseos y llenar su corazon, sino por que una cadena no interrumpida de experiencias y desengaños les ha hecho ver con cierta noble indiferencia todo el esplendor de la grandeza mundana, y buscar el contento y la paz en la práctica de la virtud. ¿Pero la virtud en sí misma es el último bien que busca el hombre, la fuente de goces con que brinda la verdadera felicidad? La virtud está llena de privaciones: la envidia, el zelo, la rivalidad, la codicia, en una palabra, todas las pasiones la persiguen; no puede conservarse sino entre los triunfos de una guerra espantosa y continua, y por lo mismo es compañera inseparable de la tribulacion. El que halla pues el contento en la virtud, es por que nada ve digno de sí en la escena de la vida humana, y por que aguarda infaliblemente los bienes sólidos con que se alimentan sus esperanzas y se sostiene su esfuerzo entre los mayores combates, y por que la existencia rápida que se pasa en la tierra no es á sus ojos sino una estacion breve, desde la cual, llegado el instante de la muerte, el alma libre ya de las cadenas del cuerpo, levanta su vuelo noble y sublime hácia el seno de su Criador, donde está cierta que hallará la recompensa de sus virtudes con la inamisible posesion de la verdadera felicidad.

445. El segundo hecho mui digno de considerarse es que los bienes terrenos, cualquiera estimacion que

merezcan, están distribuidos entre un número tan pequeño, que puede reconocerse la miseria como el patrimonio comun de casi todos los hombres. ¿Dónde está el rico que no gima bajo la esclavitud penosa de la avaricia? Y cuando está libre de este tirano, ¿no mira su posicion social como embarazosa y llena de trabas? ¿Dónde está el grande que gozando tranquilamente de los honores, no esté devorado por el fuego de la ambicion? ¿Y hai muchos que hayan conseguido reunir las riquezas, los honores, la estimacion general, los bienes de la salud y la tranquilidad propia del que ya no teme ni espera? Si alguno tuviese el delirio de sostenerlo, se levantaria contra él la humanidad entera, para declararle el primer impostor de los siglos. Para comprender la insuficiencia de las riquezas, los honores y todas las prosperidades que el tiempo mide y la muerte destruye, no es necesario abrir las páginas de los libros santos, y buscar entre los oráculos de la sabiduría la resolucion de este importante problema; no es preciso oír exclamar al mas sabio, rico y magnífico de todos los reyes, que *todo es vanidad, tormento y afliccion de espíritu*: (1) basta consultar á la conciencia y preguntar al corazon, si quedará satisfecho con todos los bienes de la tierra.

446. Pero aun cuando estos debieran estimarse como á propósito para sentir una especie de felicidad, aun de este modo podia sostenerse que el hombre no es feliz, sino en extremo desgraciado en la tierra. primero: por que el número de los ricos y grandes

(1) *Eclesiastes. Cap. 1.º*

es una gota en el oceano, es decir, es nada junto á la multitud imensa de miserables; hecho evidente que no pide ninguna demostracion: segundo, por que los males comunes á toda la especie humana reducen á mui poco el interes y precio de los bienes que se disfrutan en la vida: tercero, por que habiendo una certidumbre infalible de la muerte, la posesion de la grandeza y los tesoros del mundo son un tormento mas para el corazon, que debe un dia abandonar de un golpe todos. estos bienes.

447. ¿Quién es capaz de enumerar las miserias del hombre? Entre todos los animales él es el único que experimenta otros males que los de la naturaleza. „No hai animal, dice Bernardino de San Pedro, que no esté acomodado, vestido, alimentado por la misma naturaleza, sin afliccion y casi sin trabajo. Solo el hombre desde su nacimiento (1) está agobiado de

(1) *Nace llorando en angustiada cuna
Y largo tiempo con afan respira.
Como sueño fugaz, vuela su infancia,
Sin que acierte á gustar su breve dicha;
Y apenas ya garzon saluda ufano
La grata primavera de la vida,
El propio acorta el término á sus bienes
Y cuanto toca con su ardor marchita.
De una ilusion en otra, de un delirio
Precipitase con mil; ansia, suspira,
Corre con loco afan, tiende los brazos
Tras una y otra sombra fugitiva,
Y al ir ya á estrechar contra su seno,
La suerte con un soplo la disipa.*

males: nace desnudo, y tiene tan poco instinto, que si la madre no le educase por algunos años, pereceria de hambre, de calor, ó de frio. Nada conoce, sino por la experiencia de sus padres. Es necesario que estos le acuesten, le hilen sus vestidos y le dispongan la comida por lo ménos durante ocho ó diez años. A pesar de los elogios que se tributan á ciertos países por su fecundidad y la dulzura de su clima, yo no conozco ninguno, donde la subsistencia mas simple no cueste al hombre inquietud y trabajo. Y aun cuando el hombre ha conseguido reunir á su rededor cuanto le basta para vivir tranquilo; la ambicion, el zelo, la avaricia, la gula, la incontinencia, el fastidio, vienen á apoderarse de su corazon; y perece casi siempre víctima de sus propias pasiones. (1)

448. Si lucha contra sí mismo para estirpar los remordimientos que siguen al crimen, sufre todas las privaciones y austeridades de virtud; si se engolfa en el seno de los placeres, mui pronto siente en sus

*Así agota su mísera existencia,
Eternos juzga los veloces dias;
Y los granos de arena cuenta ansioso,
Que miden los instantes de su vida,
Mientras, de males y dolor cargada,
La vejez lentamente se avecina;
Y al ir el infeliz á dar un paso,
Abierta ante sus piés la tumba mira.*

MARTINEZ DE LA ROSA,

(1) *Etudes de la nature. T. 3. de las obras completas. (edicion de Paris de 1818, pág. 468. Etud. VIII.)*

remordimientos, en su fama, y hasta en su misma salud, los horribles estragos de las pasiones. No hai medio: es fuerza padecer con la virtud, ó ser atormentado por el crimen: la lei está dada, y por mucha satisfaccion que aparente el incrédulo, ningun sofisma ni extratagema pueden triunfar de esta experiencia dolorosa, que parece decir á cada uno, desde que sale á las riberas de la vida: *Ten presente que peregrinas por el valle de la tribulacion.*

449. Hemos visto hasta aquí, que no hai época de la vida, ni pais alguno, donde halle el hombre una garantía suficiente contra el mal, y que tanto el individuo como la sociedad pagan y han pagado constantemente el tributo necesario de dolor y de miseria, á que parece haber sido condenada la especie humana. ¡Qué de peligros en el individuo! ¡Qué de contratiempos y desastres en la sociedad! La infancia está rodeada de caricias, pero tambien lo está de privaciones: el niño á un mismo tiempo siente por instinto los encantos de la libertad cuyos goces anhela y cuyos peligros desconoce, y deplora las trabas de la educacion, y se sujeta por necesidad al yugo de sus padres; su razon débil no comprende la suma importancia de la sujecion doméstica; y los tiernos cuidados de una madre, y las prohibiciones de un padre zeloso suelen presentarse á su vista con los caracteres dolorosos de una cruel esclavitud. ¿Existe la felicidad verdadera en esta época, que mas bien parece el sueño de la vida? Llega el hombre á la juventud; y en este tiempo por que tanto suspiraba su infancia, en este tiempo que veía con el prisma de su imaginacion, como el término de las privaciones y dolores

de su infancia, como el principio de los goces indefinidos, de los placeres intensos y variados, de cuanto mas bello y digno se representa una alma fogosa; apenas hace un ensayo loco de sus fuerzas, cuando ya comienza á experimentar los tormentos de la duda, la inquietud de los obstáculos, los efectos de las contradicciones, y lo que es peor todavía, la amargura del deleite, las consecuencias del vicio, la desazon y la melancolía que siguen al movimiento impetuoso de las pasiones. ¿Y qué sucede entónces? El jóven, poco ha tan vivo, tan alegre, tan ardiente, se hace triste, pensativo, lánguido: todo ha herido y fatigado sus sentidos, nada ha penetrado su corazon, y satisfecho su alma; todo en lo exterior está aun lleno de hechizos, pero nada hai en su interior.

450. „Su independenciam le fatiga: vuelve con pesar sus miradas hácia aquella esclavitud de la infancia, hácia aquellas dulces cadenas que habia quebrado con tanta impaciencia. Allí él era el centro de las afecciones, se veía protegido, rodeado de seres amantes; aquí, ¡qué diferencia! está abandonado á sí mismo, rodeado de indiferentes, de rivales ó de enemigos.”

451. „En otro tiempo sus primeros sucesos eran un triunfo de familia; hoy todos sus compañeros le disputan el premio de la hermosura, de la fuerza, de la destreza, de los talentos, del valor: son envidiosos de sus placeres, frios para sus pesadumbres; se irritan de sus ventajas, y rien de sus reveses.”

452. „No tarda en reparar que muchas caricias son traiciones, muchas alabanzas, lazos; que muchas caras no son mas que máscaras; que la mayor parte de las

promesas son mentiras; y que, como dice un anciano, *así se divierte á los hombres con juramentos, como á los niños huececillos.*"

453. „Una sorpresa aun mas triste aumenta las penas de su alma, la turbacion de su espíritu: las lecciones del mundo le parecen estar en contradiccion perpetua con las que ha recibido de sus maestros. Estos le habian representado siempre la felicidad siguiendo á la sabiduría, la desgracia compañera de la locura, la virtud coronada con la estimacion, el vicio castigado por el desprecio; y ve por el contrario á cada paso el orgullo dominante, la modestia abandonada, la maldad triunfante, la bondad ridiculizada, la locura honrada, la sabiduría desterrada con la justicia, y la fortuna abriendo á la intriga, á la necesidad y á la picardía, la entrada de su templo, cuya puerta sitia en vano el mérito.”(1)

454. La juventud, pues, nada presenta que pueda merecer el nombre de felicidad. ¿Dará este resultado la edad madura? El hombre siempre vive de ilusiones y de esperanzas; y cuando va tocando ya en los últimos días de la juventud, aguarda por ventura descubrir el bien apetecido en la calma silenciosa de la edad madura. „Todo parece prometerle este resultado: nuevos sentimientos vienen al corazon: insensiblemente va trasformándose el sistema de sus ideas y hasta el curso de sus inclinaciones: la gravedad sucede á la ligereza; el cálculo de la felicidad á la necesidad de los placeres: se contentaba con brillar, ahora quiere ilustrar: la ambición reemplaza al

(1) SEGUR. *Galeria moral.*

amor, y el orgullo á la vanidad: sus deseos tienen ménos viveza, sus pasiones mas fuerza: es la edad á propósito para consolidar una reputacion bien merecida, en fin, para atesorar grandes verdades y hacer servir á la felicidad propia los útiles desengaños de la experiencia. ¿Cuál será el éxito de esta nueva jornada? Los cuidados de la familia, los estímulos del interes, los sacrificios frustrados de la ambicion, las frecuentes represalias que sufre el egoismo, los peligros del propio establecimiento, los caprichos de la fortuna, los golpes de la rivalidad, y todas las otras desgracias comunes á todos los sexos, á todas las edades y á todos los hombres, parecen venir de tropel á sitiár la edad madura: y bajo las apariencias de una carrera pacífica, donde parece anunciarse la felicidad, el hombre experimenta entónces los males de la vida en su mayor intensidad y fuerza.”(1)

455. ¿Que dirémos de la vejez? En ella vienen á reunirse, para atormentar al hombre, los recuerdos de placeres que ya no pueden gustarse, los tristes efectos de una razon mal preparada en la niñez, mal dirigida en la juventud, mal empleada en la edad madura; el sentimiento vano y estéril de no haber hecho el grande y heroico sacrificio de las inclinaciones á la virtud; el íntimo convencimiento de que se acelera ya el desenlace del drama de la vida, y un deseo mas intenso que nunca de que esta se prolongue. A las pasiones ardientes suceden las pasiones frias; y todos los antiguos afectos parece absorverlos la sórdida avaricia. La desconfianza, el recelo

(1) *El mismo.*

la sospecha, la inquietud, el temor, el disgusto de la escena presente, las frecuentes alarmas consiguiendo al temor de perder en un instante las ricas posesiones: he aquí los sentimientos mas comunes que ocupan la vejez. ¿Cuáles son los goces que el hombre tiene en esta época de su vida? Si busca en ellos la felicidad, sobre manera difícil fuera descubrirlos ni aun tan delesnables como los de la infancia, ni tan rápidos como los de la juventud, ni tan costosos como los de la virilidad. El círculo de los sentimientos y de las ideas se estrecha mas que nunca; el hombre va perdiendo insensiblemente la fuerza de su razon, la energía de sus pasiones y hasta los hábitos caballerescos que lo distinguian otro tiempo en la sociedad. Bórranse insensiblemente los vestigios del estudio, y hasta la fisonomía propia del carácter: una imbecilidad lastimosa indica ya la decrepitud y anuncia las cercanías de la muerte. ¿Dónde está pues la felicidad?

456. Mas aun cuando el hombre en cualquiera de sus edades pudiera descubrir el bien que tanto solicita, y gustarlo por largo tiempo; aun cuando con la vida sola nos viniese un placer duradero; y el rico tesoro se hubiese distribuido igualmente á toda la especie humana; ¿de qué serviria todo esto, si al fin de la carrera habiamos de morir? ¿Qué proporcion pudieran guardar nunca los bienes preciosos y mas caros de la vida con el mal incomparable, el mal infinito, si así puedo llamarlo, de un aniquilamiento total? Si una filosofía presuntuosa viniese á disputar á la experiencia de todos los siglos la verdad con que se nos anuncia, que la vida humana es incompatible con esa

felicidad, que por otra parte ha sido y debe ser el objeto de la creacion del alma, bastará por sí solo el espectáculo de la muerte, para dar la corona del triunfo á la experiencia que nos instruye sobre los males de la vida. En las márgenes del sepulcro vienen á espiar todos los prestigios del ingenio, todas las sutilezas de un talento presuntuoso, todos los sofismas de una filosofía corruptora: si la embriaguez de la existencia suele adormecer al filósofo con el sueño de la felicidad presente, estas ilusiones no pueden llegar hasta el sepulcro; ántes bien, aquí empiezan los triunfos de la verdad, y aquí se manifiesta en todo su esplendor la inmortalidad de nuestra alma. El conocimiento de los dogmas, que exceden á nuestra razon, se adquiere principalmente en la escuela del infortunio. „Las bellezas de la naturaleza, dice Bernardino de San Pedro, nos atestiguan la existencia de un Dios; y las miserias del hombre, las verdades de la religion.” (1)

CAPITULO SEGUNDO.

Pruebas fundadas en las miras que Dios tiene sobre el alma, como Legislador de los hombres.

457. Si Dios al criar el alma, se propuso nada ménos que su propia gloria, es decir, la manifestacion de sus atributos divinos unida con la felicidad del mundo, segun la porcion de bien que á cada uno de los seres puede convenir; desea por el mismo he-

(1) *Etudes de la nature. Etude VIII.*